

LA MANO EN LA MANO FEDRA

El 24 de febrero de 1881, en París la sirvienta L. salía del hospital de dar a luz. Llevaba a su niño en brazos. La comadrona Anne Jeannesse-Vermorel le hizo proposiciones para que le cediera el niño. Se realizó la cesión. Al día siguiente la sirvienta estaba arrepentida. El comisario de Policía averiguó que el niño había sido cedido a una parturienta. La parturienta había dado a luz un niño muerto. Para evitarse la emoción de su desgracia, había ideado la familia sustituir el niño muerto con otro vivo. El hecho lo transcribimos del libro titulado «Faits divers de l'année 1881», publicado en París por el editor Jules Rouff en 1882. Un hecho análogo se ha producido en España en tiempos más recientes. Paz Urquiola se casó en 1912, siendo muy joven, en Madrid. Pertenecía a una opulenta familia de Alava. El marido era un perdedor. En 1913 Paz dió a luz un niño muerto. La familia de Paz, para evitar la terrible emoción de la desgracia, sustituyó el niño muerto con otro vivo. Se deshizo el cambio. La familia tuvo que dar con muchas precauciones la noticia a Paz. El niño, a quien esperaba un seguro y brillante porvenir, fué devuelto a su verdadera madre. El desconsuelo de Paz fué hondo. A esta profunda decepción se añadían los escándalos cotidianos del marido. Dos años después, el marido moría. Paz Urquiola se retiró a Guevara, pueblecito de Alava, en el partido judicial de Salvatierra.

La vida había tenido una experiencia terrible para Paz Urquiola. Un instante sintió una ilusión gratísima. Fué cuando vió el niño en sus brazos, risueño, sonrosado. Había escrito el nombre de este niño en un papel que guardaba en el fondo de un bufetillo. El niño podría ser su hijo. Se llamaba Ventura Cros. Se hallaba Paz Urquiola muy lejos de Madrid, geográficamente y espiritualmente. La vida que hacía era sencilla. Vivía mezclada a los campesinos que cultivaban las tierras. Se levantaba al nacer el día y se recogía temprano. El traje del campo le hizo olvidar poco a poco las amarguras pasadas. A lo largo de los años sus deudos habían ido muriendo. Se encontraba ya sola. El tiempo había pasado rápidamente. Con la corriente del tiempo se habían ido recuerdos, sensaciones, esperanzas, angustias. Todos los recuerdos, no. De tarde en tarde, en las horas primeras de la noche, cuando todo reposaba ya en la casa, abría el bufetillo, revolvía sus papeles y se quedaba en éxtasis ante una cuartilla en que ponía: «Ventura Cros. Madrid. 1913.» Ya sería un niño crecido ese niño. Ya caminaría de la mano de no sabía quién por las calles de Madrid. Ya travesaría en los jardines. Ya llevaría a la espalda por las mañanas una cartera abultada con libros. No podía imaginarse Paz Urquiola cómo sería este niño. Y allí podía estar junto a ella, contemplándole él a ella y mirándole arrobada ella a él. Allí podían estar los dos en íntima y amorosa conversación. Si, ella, Paz Urquiola, sería la madre de este niño. Ella no sabía nada. El secreto se lo habrían guardado cuidadosamente. Los sentimientos maternales de Paz serían tan hondos, tan finos, tan entrañables, como si realmente Venturita fuera su hijo.

¿Y qué iba a ser en el mundo de Venturita? Las riquezas que ella tenía, ¿para quién iban a ser? En cambio, Venturita seguramente encontraría en el mundo sólo abrojos, sinsabores y amarguras. Paz Urquiola, al cabo de tantos años, no sabía nada de Ventura. No quería saber nada de Madrid. La evocación de Madrid representaba para ella el dolor y la decepción profunda. Donde había creído encontrar la felicidad, había hallado el desengaño más cruel. El tiempo se deslizaba Paz Urquiola, en Guevara, orillas del Zadorra, sentía que la vida en pleno campo la enruedecía un poco. Para desbastarse pasaba cortas temporadas en San Sebastián, en Burdeos y en París. Hacía la alta meseta no quería ascender. Tenía la aprensión siempre de que le iba a acontecer algo penoso. A la sospecha de un seguro dolor, se mezclaba de pronto el recuerdo de Ventura Cros. Ahora tendría veinte años. Sería un mozo gallardo. Paz tenía la impresión, recordando la robustez del recién nacido, de que el niño sería al presente un apuesto doncel. Una noche, en tanto que lucían las estrellas limpiamente—se veían por la ventana abierta—y que ladraba en la lejanía, casi imperceptible, un perro, tomó la pluma y comenzó a escribir a una amiga de Madrid. Le pedía que averiguara el paradero de Ventura Cros. Al escribir estas líneas se sentía conmovida. Hubo un instante de tregua. De pronto cogió el papel y lo hizo añicos. Valía más no saber nada. No había que correr el riesgo de que otra infausta sensación viniera a unirse a la sensación dolorosa de su marido. No quería pensar que Ventura Cros fuera un indeseable. Rebelábase enérgicamente al pensarlo. Y, sin embargo, la idea marga de su marido, tan honda, tan indeleble, se sobreponía a esta otra remembranza. Para sufrir ya había sufrido bastante. Dejaría correr la vida. No se acordaría de Ventura Cros. Pero, ¿lo podía hacer ella? ¿No estaba ella engañando, por exceso de tristeza, a sí misma? Tales perplejidades acongojaban dolorosamente a Paz Urquiola.

Y un día, el descoger las planas de un periódico, experimentó una profunda sorpresa. Sí, ponía eso. No lo podía negar. Lo estaban viendo sus ojos. Ponía al pie de unos versos: «Ventura Cros». Los versos eran bonitos. ¿Sería éste el Ventura Cros suyo? ¿Sería éste su hijo? Al pronunciar mentalmente la palabra hijo se conmovió. Los años habían pasado también para ella. Pero la vida sana del campo la había conservado lozana y ágil. En 1934 Paz Urquiola parecía una moza. Tres o cuatro veces leyó los versos de Ventura Cros. No era posible que este Ventura fuera el suyo. Y, sin embargo, todo en ella, desde lo más profundo de su ser, lo afirmaba. El 10 de julio de 1935 decidió Paz ir a San Sebastián. A punto de meterse en el automóvil llegaron a Guevara unos amigos. Dejó el viaje para el día siguiente. Al otro día el ocurrió al automóvil un serio percance y Paz tuvo que tomar el rápido de Salvatierra. El tren iba atestado de veraneantes. En Zumárraga bajó para encaminarse a Cestona, una familia que llenaba el departamento en que iba Paz. Paz Urquiola se puso un momento a la ventanilla. El tren, arrastrado por la locomotora eléctrica, corría vertiginosamente. Al quitarse Paz de la ventanilla se sentó para arreglarse el pelo, alborotado por el viento, ante un espejito. Y al dejar el espejo miró a un viajero que tenía enfrente y se puso intensamente pálida.

Dos meses antes, los periódicos habían publicado el retrato del autor de una obra estrenada en el Español. El autor era Ventura Cros. Paz Urquiola había recortado el retrato y lo había contemplado largamente noches y noches. Y aquí estaba ante ella, sí, no cabía duda, Ventura Cros. Lo tenía sentado enfrente. Lo estaba mirando. Era un mozo de tez morena, ojos negros, busto fuerte y erguido. Si, este, Paz Urquiola, este que tienes delante, es tu propio hijo. Y tú no lo habías visto hasta ahora. Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo le vas a hablar? Cuando suene el metal de su voz—voz que será melodiosa—tú ¿qué vas a sentir? Paz Urquiola estaba pálida. El joven la miraba atento. Corría el tren. De Zumárraga a San Sebastián el rápido tarda una hora. No había que perder tiempo. La voz de

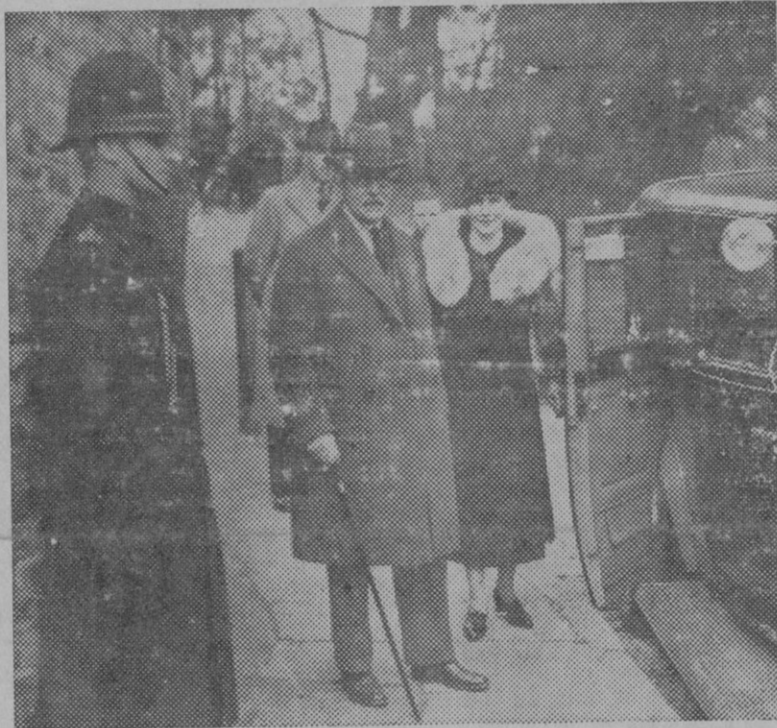
Ventura Cros sonó. Se le metió en el alma a Paz Urquiola. Ventura, ante Paz, espléndida en su otoñada lozana, sentía la atracción del adolescente por la mujer que declina. Paz, ante Ventura, no sabía qué sentimientos experimentaba. Le daba miedo a ella misma el saberlo. Se entrecruzaron las dos voces. Fulgían los ojos. Paz seguía ávidamente los menores movimientos de Ventura. Hubiera querido no estar enfrente de él, separada por un brevíssimo espacio, sino a su lado. La conversación se mantenía en generalidades. Pero la menor palabra, la palabra más anodina, tenía para Paz y para Ventura un significado profundo.

El tren llegaba ya a San Sebastián. Los dos sonreían. En la estación un momento permanecía Paz en la plataforma del coche. Ventura le daba la mano para que descendiese. Con su mano en la mano de Ventura, Paz se retardaba en la plataforma. Este instante en que sentía apesonada su mano por la de Ventura ansiaba ella prolongarlo indefinidamente. Sentía en lo más hondo de su organismo una voluptuosidad indecible. Y de nuevo, en la puerta de la estación, al despedirse, entre el turbión de los viajeros, la mano de Paz se abandonó en la mano de Ventura.

—En el Garden Hotel.
—En el Hotel Vasconia.

AZORIN

Mr. Ramsay Macdonald ingresa en un hospital londinense para someterse a una operación quirúrgica



El Sr. Ramsay Macdonald, ex-primer ministro británico, jefe del partido nacionalista ha sufrido el día 15 de Abril una operación quirúrgica. El estado del ilustre enfermo es satisfactorio

El Sr. Macdonald en compañía de su hija Isabel, antes de subir en el coche que lo condujo al hospital

Expres - Foto

Política Internacional Turquía y los Dardanelos

La ruptura del equilibrio europeo provocada por la guerra de Etiopía, permitió a Hitler avanzar un nuevo peón en el tablero del ajedrez internacional allá en la zona del Rhin, y de ello se aprovechó Austria para acercarse a Italia, y restablecer a pesar de las protestas de la Pequeña Entente, el servicio obligatorio; tampoco deja de aprovecharlo ahora Turquía, que se dispone enseguida a reclamar el derecho de fortificar los Dardanelos.

Y es que Ankara no aceptó jamás de buena voluntad, el Tratado de Lausanne, que imponía la desmilitarización de la zona de los Dardanelos. Lo sufrió como una servidumbre, y no cesó de clamar contra tal medida diciendo, que en la primera ocasión favorable se libraría de ello. Tal ocasión consideró haberla hallado actualmente, y así oficialmente se dirigió a los Estados signatarios del convenio de 24 de julio de 1923, reclamando la revisión de las cláusulas relativas a los Dardanelos y a sus zonas limítrofes. Tales Estados son Francia, Inglaterra, Italia, El Japón, Bulgaria, Grecia, Rumania, la U. R. S. S. y Yugoslavia. Turquía lo comunicó así a la S. de N. pues no pretende obrar al margen de la Liga y a tener del artículo 18 del convenio invoca también Kemal Atatürk, lo prevenido respecto a la intervención del Consejo de la S. de N. en tales casos.

Entrando en el terreno de la crítica, precisa reconocer que la actitud de Turquía es habil, y supo escoger un momento propicio, cuando Europa permitió que Hitler rasgara un

tratado, y obrase unilateralmente en la cuestión de Rhenania. ¿Como se puede negar a Turquía, lo que se permitió a Alemania? La posición moral del gobierno de Ankara, es tanto más fuerte, en cuanto el procedimiento empleado, forma un gran contraste con el golpe de fuerza realizado por el Fuhrer. En el caso de Turquía, no hay violación de ningún tratado, ni nada de obrar unilateralmente; solo la petición correcta de revisión de un tratado.

Turquía solicita de todos los co-signatarios, el examen y modificación de las cláusulas que propone del Tratado; no invocó no; Turquía el famoso artículo 19 del Pacto de la S. de N. cuyos términos dicen: «La Asamblea puede de tiempo en tiempo invitar los miembros de la Sociedad a proceder a un nuevo examen de los tratados ya inaplicables lo mismo que las situaciones internacionales cuyo mantenimiento puede hacer peligrar la paz mundial, pues ello sería despertar susceptibilidades en todos los antirrevisionistas, y provocar otras peticiones de revisión que se coaligarian formando un solo bloc de todos los partidarios del statu quo. Si no que para evitar escollo de tal naturaleza, el gobierno turco se funda en una cláusula del Tratado mismo de Lausanne, que previene que si se violaran las libertades sobre el tránsito por los Dardanelos o la seguridad de la zona desmilitarizada, los contratantes debieran impedirlo por todos los medios que permita el Consejo de la S. de N.

Analizando así a primera vista la hipótesis jurídica, esta falta de



Ernesto Vilches

base, pues ni la libertad de navegación en los Dardanelos, ni la seguridad de la zona desmilitarizada esta en peligro. Pero Turquía con bastante sutileza sospecha, que las garantías previstas en los Tratados de Versalles y Locarno contra una acción unilateral del Reich, son de una «aplicación difícil y lenta», para no decir que son ineficaces, deduciendo de ello que las garantías previstas por el convenio de Lausanne, serían en caso de peligro para ella de una aplicación no menos difícil y lenta, y por tanto no más eficaces, de lo que deduce, que para afirmar más su seguridad, debe recobrar el derecho de fortificar Los Dardanelos.

Cuestión es la referida, que puede dar trabajo a las Cancillerías europeas que procurarán quizás, reunir una Conferencia europea, que dé por resultado despertar todos los apetitos nacionales, juntándose a la petición de sus reivindicaciones, otras nuevas.

Existe además el peligro para todos, como indudablemente lo es, que un país cualquiera se encierre en un círculo infranqueable, máxime siendo Los Dardanelos el camino del Asia central. Tema de tal importancia, no debe examinarse somera-

mente, si no que con todo cuidado, viendo con interés las circunstancias que rodean el asunto, examinando todos sus aspectos, jurídicos y racionales, y no perdiendo jamás de vista el ideal de la paz, que debe ser base esencial de cuanto estudien los representantes de las naciones europeas, no solo evitando la guerra, si que también, y aun mucho mejor, previniéndola.

N. B.

30 años atrás

18 abril de 1906.—Se ha celebrado la tradicional romería del Cocó. Se ha visto animadísima.

—En el Teatro Lírico se estrenó la zarzuela «Angelitos al cielo». El fallo no fué unánime, hubo discrepancias.

La Redacción de EL DIA está formada por Nicolás Brondo Roten, Director; Rafael Ramis Togores, Redactor - Jefe; Juan Alomar Cifre, Miguel Alomar Cifre, M. Angel Colomar Moyá, Pedro Ferrer Gibert, Simón Fullana Font, Gregorio Mesquida Matas, Julián Oliver Vert, Jaime Torres Riera y Redactor fotógrafo E. Arbós.

Los delegados de Bélgica, llegan a Londres para asistir a las conferencias de los estados mayores Inglaterra, Francia y Bélgica



Los representantes de Bélgica se reunieron en sesión secreta en el Almirantazgo británico con los representantes de Inglaterra y Francia. He aquí a los representantes de Bélgica; general de Fontana, Major Serwaia, comandante Callens y capitán Boulet

Expres-Foto

